

aguayo

* Boletín Informativo *

ENERO 1981
FEBRERO

Nº 130

CAJA INSULAR DE AHORROS DE GRAN CANARIA



Fauna
marina
de
Canarias

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2010

TEGUISE

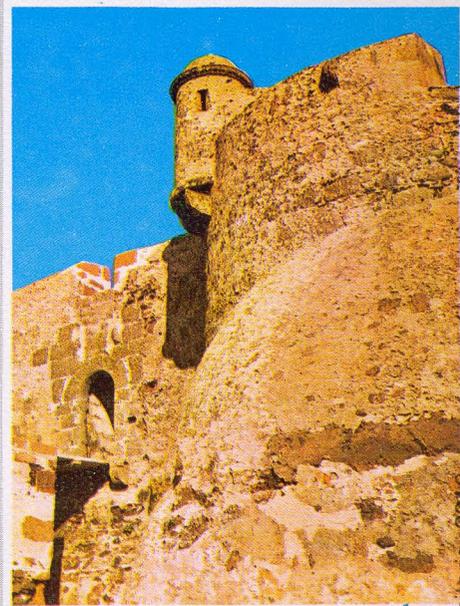
Está asentada en las inmediaciones de la prehistórica aldea de Acatife. Las antiguas crónicas la llaman también «La gran aldea», posiblemente en el dialecto aborigen «Titerroigatra». La fundación de la Real Villa de Teguisse data de 1418, pues Maciot de Bethencourt vivió normalmente en ella con su mujer, la princesa aborigen Doña *María de Teguisse*, hija del rey Guadarfía.

Teguisse rezuma historia por sus cuatro costados, con sus viejos caserones, sus calles, sus conventos: el Palacio de la Reina Ico (siglo XV), el convento de San Francisco (siglo XVI) y el de Santo Domingo: son los más bellos monumentos arquitectónicos del archipiélago canario.

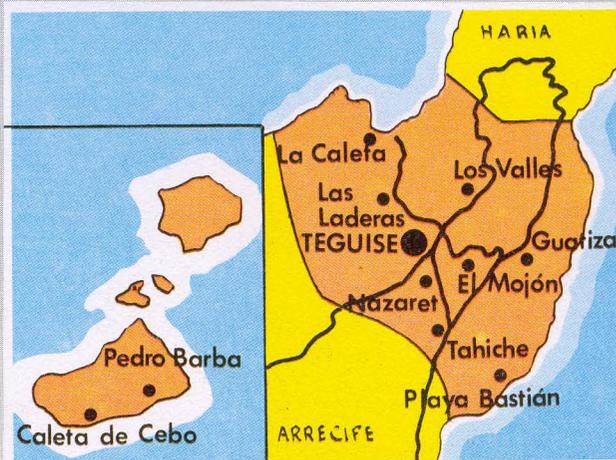
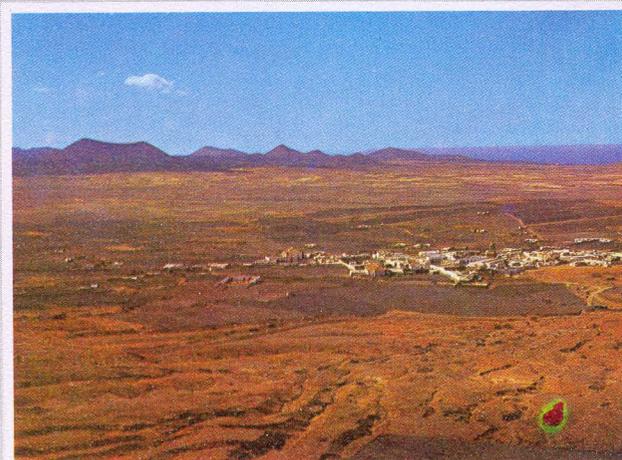
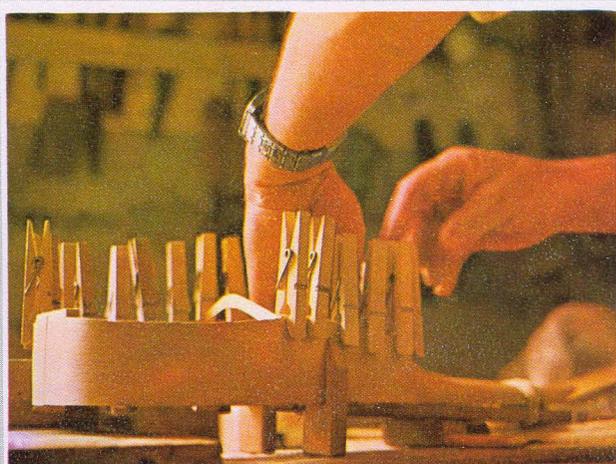
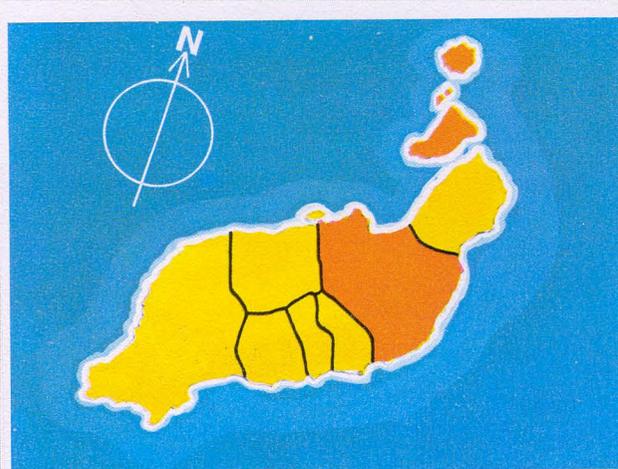
La Real Villa, a partir de finales del siglo XV, empieza a convertirse en una ciudad castellana en una tierra rodeada de volcanes, con una arquitectura que es ya el tímido mo-

delo de las que había de desarrollarse en la larga colonización de América. En Teguisse empieza y termina la verdadera historia de los conquistadores de las islas, y de ella partió la corriente evangelizadora por toda la isla de Lanzarote. Fue capital insular y sede del marquesado de Lanzarote —instituido por Agustín de Herrera—, y hoy es una villa que duerme en su historia. Historia de acontecimientos trágicos también como nos lo recuerda el Callejón de la Sangre, lugar donde se llevó a cabo una matanza a manos de las hordas del pirata berberisco Morato Arráez que en el verano de 1586 arrasaron cuanto les salió al paso, si podemos llamar salir al paso a la huida por todos los caminos de tantos seres indefensos.

Teguisse, envuelta en el silencio como una de las más bellas reliquias históricas de Canarias, basa



su economía en la agricultura: cereales, batatas, cebollas, etc. En la villa son fabricados los típicos timbales, llamados también popularmente «camellitos» por la especie de joroba que presentan al dorso de su caja de resonancia. A Teguisse pertenecen las islas menores de la Graciosa, Alegranza y Montaña Clara.



Editorial	3
Concesión del "Votio de Oro" a la Caja	4
La Atalaya, primitivo centro locero de Gran Canaria	6
Carroza de Reyes de la Caja	12
Fauna marina canaria	13
Fauna canaria	15
Ermita de San Telmo	17
Historia de la danza y el ballet (2)	23
Páginas de literatura canaria	26
Las Letras	28
Hiroshima y Nagasaki, reportaje gráfico de un evento histórico ...	30
Naturaleza canaria y conservación	31
Premios del Concurso de Tarjetas de Navidad	34
Portada: Estrella de mar, especie de nuestra fauna marina.	

Los artículos publicados en AGUAYRO expresan sólo y exclusivamente la opinión de sus autores.

Recibimos muy complacidos las comunicaciones y sugerencias de nuestros lectores, pero no nos es posible sostener correspondencia sobre las mismas.

aguayro

Empresa Editora:
CAJA INSULAR DE AHORROS
DE GRAN CANARIA

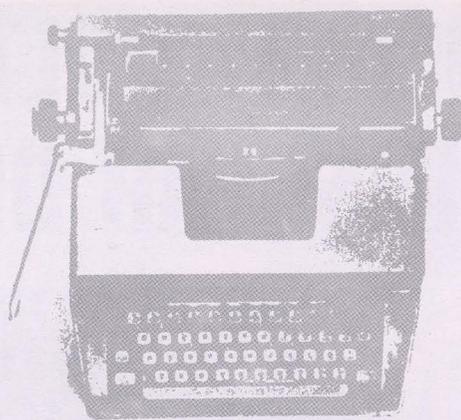
Triana, 110
Las Palmas de Gran Canaria

Redacción y Administración:
Alameda de Colón, 1

Impreso en: SERVICIO DE REPROGRAFIA
Lepanto, 45 - Teléfono, 266978

Año XI - Núm. 130
Enero - Febrero 1981
Dep. Legal G.C. 82 - 1970

Director:
Alfredo Herrera Piqué



NUESTRAS COSTUMBRES Y TRADICIONES

Años atrás, cuando en los medios de comunicación tratábamos de sustentar y justificar el viejo régimen de Puertos Francos y libertad comercial de Canarias y, simultáneamente, la autonomía del Archipiélago, uno de los fundamentos que explicaban las tan argumentadas peculiaridades isleñas era el secular aislamiento insular, traducido en una psicología y unas costumbres singulares del pueblo canario. Naturalmente, todos los pueblos y regiones tienen sus propias costumbres y tradiciones; en tal sentido, los habitantes de las Islas Canarias no podían ser una excepción, en especial por tratarse de un pueblo insular que, evidentemente, ha vivido en circunstancias de marcado aislamiento en una dilatada fase de su historia moderna. Varias de estas costumbres y tradiciones tienen una raíz prehispánica. Por ejemplo, las fiestas de la Rama y del Charco en Gran Canaria, ciertos aspectos de la práctica artesana de la cerámica y la utilización del gofio como alimento básico son supervivencias prehistóricas en el folklore moderno de Canarias. Sin embargo, el conjunto del folklore insular —en el que lógicamente incluimos usos sociales, creencias, música y danza, fiestas campesinas, técnicas agrícolas y usos rurales, formas dialectales, etc.— está integrado por las tradiciones y las costumbres de una población eminentemente agrícola, que se fueron formando a lo largo de varios siglos.

Estos usos sustentaron el acervo de nuestra cultura popular en el pasado, pero se han ido desvaneciendo sincrónicamente con las transformaciones económicas y sociales aquí verificadas en la presente centuria. En esto también nos parecemos, naturalmente, a los otros muchos pueblos que fueron dejando atrás los modos de vida rurales. Mucho de aquel rico lenguaje campesino intensamente ligado a las cosas naturales y concretas ha ido desapareciendo paralelamente al ascenso del proceso de urbanización. Cuando no se han perdido definitivamente, las prácticas artesanales han quedado reducidas a unos escasos lugares que contemplamos más como talleres-museo que como otra cosa, porque también los viejos útiles han perdido su funcionalidad y su competitividad. El folklore musical ha devenido, igualmente, más en un renacido espectáculo de recitales, que en la expresión de la propia vivencia. Los festejos populares, la gastronomía, la medicina popular, ciertas creencias, el traje han ido dejando su antiguo lugar a nuevas formas y técnicas de una estructura más universal y completamente diferente.

Uno de los resultados de las transformaciones sucedidas en este siglo es el hecho de que las Islas Canarias han entrado a formar parte de un mundo más uniforme a la par que han ido perdiendo su antigua personalidad. Sin embargo, diversos motivos obligan a conservar en lo posible los antiguos usos y costumbres; entre ellos pueden jugar los de orden turístico y estético, los derivados del propio encanto de nuestro folklore y hasta los de orden museístico. Pero, sobre todo, hemos de situar esta justificación en la preservación de nuestra memoria colectiva y, en definitiva, en esas señales de identidad que de alguna manera definen a nuestra comunidad. El olvido de nuestras costumbres y tradiciones significaría la pérdida de la conciencia de nuestras raíces, de las que tan orgullosos nos sentimos.